



## Liberalismo dinástico?

Al leer hoy—día 17—el discurso de Romanones y enterarnos luego del resultado de la votación de la proposición de los liberales dinásticos—lo que quiere decir liberales condicionados y vergonzantes—se nos ha ocurrido aun más la desesperanza patriótica. Esto no tiene remedio—nos hemos dicho,—como no sea que nos lo traiga el exceso mismo del mal. Y el mal es el despotismo reinante.

Bien claro se ha podido ver que la proposición de los jefes sedicentes liberales que defendió, acaso de acuerdo con Maura, el conde de Romanones, iba en primer término, contra La Cierva, pero en rigor a tiro más alto. La Cierva hacía aquí de mingo. Porque La Cierva no es sino el exponente de la concepción del problema de Marruecos que domina en el coto palatino, la concepción de una guerra por redondear una heredad.

El nefasto La Cierva, el que está desahaciendo civilmente a España, dice y repite que no se ocupa de política, y sin embargo toda su acción no es más que política. Como que la guerra misma de Marruecos, en el aspecto que ha tomado últimamente, no es sino una operación política y no de policía. Y de política dinástica. Porque en las altas esferas se cree que en Marruecos se está jugando el prestigio, y acaso el porvenir, de la dinastía.

Los que aspiraron a la formación de un Vice-Imperio—y decimos vice porque era bajo el patronato y protectorado de los dos ex Imperios Centrales—ibérico, con Marruecos, Tánger inclusive; Gibraltair y Portugal, ésos no pueden resignarse a que no quede nada de ese ensueño dinástico. Y de aquí el desastre de Annual, surgido cuando se iba por Alhucemas a buscar el protectorado (?) sobre Tánger.

Por ahora—escribimos esto hoy 17—los sedicentes liberales no han logrado su propósito de libertar a Maura de La Cierva, de separarlos, y de que la Corona tenga que optar entre uno u otro. Y Cierva se regodea y amenaza con el día del juicio final, en que él se siente a la diestra del trono y juzgue.

Los sedicentes liberales temen hasta un golpe de Estado, el cierre del Parlamento y la dictadura. Y no militar, sino algo peor. Por esto Romanones ha dicho que pase lo que pase el Parlamento no puede cerrarse. A lo que interrumpe el conde de Bugallal diciendo que ningún monárquico constitucional puede hacer esa manifestación, y Romanones, a su vez, atrito, sino contrito, replica que «salvo, naturalmente, las prerrogativas del rey». Pero, ¿qué es esto?

Bugallal habló de monárquicos constitucionales, y le hizo rectificarse a Romanones, que en su libro «El Ejército y la Política» dejó escrito (página 25) que a las Monarquías de origen divino han seguido las constitucionales, y éstas van siendo sustituidas por las «Monarquías integralmente democráticas», y que «ya no cabe resistir», y que «si alguno lo intentara y se opusiera al proceso de esta evolución, fatal e inevitable, desaparecería» y que «ya sólo hay lugar para las Monarquías que en su esencia sean iguales a las Repúblicas burguesas». Y si Romanones mantiene esta doctrina política, expresada en un libro publicado este mismo año, no comprendemos cómo hace la salvedad que ha hecho al contestar a Bugallal.

Romanones debió de mantener lo de que pase lo que pase no puede cerrarse el Parlamento, y sin salvedad ninguna, y sostener que en una monarquía integralmente democrática, como la que él propugna, que en una monarquía que en su esencia sea igual a una República burguesa no cabe que el monarca cierre el Parlamento porque éste no se preste a ser dócil instrumento de una política dinástica representada por un ministro que aspira a dictador al dictado y a juez de juicio final.

Pero es, ¡ay!, que nuestros menguados sedicentes liberales dinásticos no creen en el pueblo y no quieren indisponerse con la Corona, y por esto no acaban de decidirse en lo de Marruecos. Y aun hay más, y es que no quieren convencerse de que hoy no se puede ser en España liberal y dinástico, que el dinastismo español de hoy está reñido con el liberalismo, pues que no es sino servilismo.

Las vergüenzas que siguieron al desastre colonial de 1898 se debieron a que el dinastismo ahogó el patriotismo. No se defendió la patria, sino la heredad, el patrimonio. Y hoy, y por los mismos tristes sentimientos—o más bien intereses—van a repetirse las mismas vergüenzas. O acaso mayores.

El debate parlamentario ha puesto bien en claro todo lo que hay en el fondo de ese supuesto protectorado de Marruecos, y ciego será el que no vea por tela de cedazo. Y ha puesto en claro que hoy en España no cabe ser liberal dinástico. O lo uno o lo otro.

Y ahora vamos a enterarnos de lo que pasa en Grecia.

Miguel de UNAMUNO.

